

tra la doctrina católica de la continua intervención divina en los negocios humanos, invocada por un agente sacerdotal; pero esta protesta distaba mucho de ser completa en todas las Iglesias reformadas. Las pruebas en apoyo del gobierno por la ley, que han sido presentadas en estos últimos años por la ciencia, se reciben por muchas de ellas con desconfianza, quizá con desagrado; sentimientos, sin embargo, que se desterrarán con el tiempo ante la multiplicidad de las pruebas.

¿No terminaremos, pues, con Cicerón, citado por Lactancio, diciendo: «Una ley eterna é inmutable abraza todas las cosas y los tiempos?»

## CAPÍTULO X

### El cristianismo latino en sus relaciones con la civilización moderna.

Durante más de mil años, el cristianismo latino gobernó la inteligencia de Europa y es responsable del resultado. Este resultado se manifiesta por la condición de la ciudad de Roma cuando la Reforma y por la condición del continente europeo en su vida doméstica y social. — Las naciones europeas soportaban el dualismo coexistente de un gobierno espiritual y otro temporal. — Estaban sumergidas en la ignorancia, la superstición y la miseria. — Explicación de la decadencia del catolicismo. — Historia política del papado; cómo pasó, de confederación espiritual á monarquía absoluta. — Acción del colegio de cardenales y de la curia. — Desmoralización ocasionada por la necesidad de obtener exorbitantes impuestos. Los progresos ocurridos en Europa durante la dominación católica no dependieron de ésta, sino fueron incidentales. El resultado general de la influencia política del catolicismo fué perjudicial á la civilización moderna.

El cristianismo latino es responsable de la condición y progreso de Europa del siglo iv al xvi. Tenemos ahora que examinar cómo cumplió este cometido.

Será conveniente limitemos á Europa los elementos que traigamos al debate, aunque por las pretensiones del papado á un origen sobrehumano y á la obediencia universal, podríamos muy bien pedirle cuenta de la condición de toda la humanidad. Su ineficacia contra las grandes y venerables religiones del Este y del Sur del Asia se presta á consideraciones importantes é instructivas, y nos lleva á la conclusión de que únicamente ha podido establecerse donde las influencias imperiales de Roma han prevalecido, deducción política que es rechazada por él desdeñosamente.

Sin duda hubo muchas personas, al principio de la Reforma, que compararon la condición de la sociedad existente con la que había alcanzado en tiempos antiguos.



La moral no había cambiado; en la inteligencia no se notaba adelanto, y la sociedad había mejorado poco; hasta los esplendores de la misma Ciudad Eterna se habían borrado. Las calles de mármol de que se enorgullecía Augusto, habían desaparecido; los templos, las rotas columnas y las gigantescas arcadas de los acueductos que atravesaban la desolada campiña romana, presentaban un triste aspecto. Del uso á que habían sido destinados respectivamente, llegó el Capitolio á ser conocido con el nombre de «Colina de las Cabras», y el lugar en que se alzaba el Foro romano, de donde se habían dictado leyes al mundo, se llamaba «El campo de las Vacas». El palacio de los Césares estaba oculto por montones de tierra cubiertos de flores silvestres; los baños de Caracalla, con sus pórticos, jardines y depósitos, hacía mucho tiempo que no se usaban, por haber sido destruidos los acueductos que los surtían. En las ruinas de aquel gran edificio, guirnalda de flores y bosquecillos de árboles odoríferos se extendían formando laberintos en las inmensas plataformas y sobre los vertiginosos arcos suspendidos en el aire. Del Coliseo, la más colosal de las ruinas romanas, sólo quedaba una tercera parte. Capaz en un tiempo de dar cabida á noventa mil espectadores, había servido sucesivamente de fortaleza en la Edad Media, y luego de cantera, que suministró piedras para los palacios de los degenerados príncipes romanos. Algunos papas establecieron en él molinos de lana; otros, fábricas de nitro; otros pensaron convertir sus magníficas arcadas en tiendas para mercaderes. Los hierros que unían las piedras habían sido robados; los muros estaban llenos de grietas y amenaban desplomarse. En nuestros tiempos, se han escrito obras de botánica de las plantas que por asilo habían escogido este noble despojo. La «Flora del Coliseo» contiene cuatrocientas veinte especies. Entre las ruinas de los edificios clásicos, pueden verse columnas rotas, cipreses y frescos mohosos desprendidos de los muros. Hasta el mundo vegetal participaba de este cambio melancólico: el mirto, que otras veces crecía en el Aventino, había desaparecido; el laurel, que sirviera para coronar la frente de los emperadores, ha-

bía sido reemplazado por la hiedra, compañera de la muerte.

Pero quizá se dirá que los papas no eran responsables de todo esto. Recordemos que, en menos de ciento cuarenta años, la ciudad había sido sucesivamente tomada por Alarico, Genserico, Ricimero, Vitiges y Totila, y que muchos de sus grandes edificios habían sido convertidos en obras de defensa: los acueductos fueron destruidos por Vitiges, que arruinó la Campaña; el palacio de los Césares, fué saqueado por Totila; luego vinieron los asedios de los lombardos; después, Roberto Guiscardo y sus normandos quemaron la ciudad desde la columna Antonina hasta la puerta Flaminia, desde Letrán al Capitolio; luego fué mutilada y saqueada por el Condestable de Borbón; una y más veces inundada por las olas del Tíber y quebrantada por temblores de tierra. Debemos, no obstante, tener presente la acusación de Maquiavelo, que dice en su *Historia de Florencia* «que casi todas las invasiones bárbaras de Italia fueron debidas á invitaciones de los pontífices, que acudieron á estas hordas! ¡No fueron los godos, ni los vándalos, ni los normandos, ni los sarracenos, sino los papas y sus sobrinos los que causaron la dilapidación de Roma! ¡Hornos de cal fueron alimentados con piedras de las ruinas, construyéronse palacios para sus príncipes con las de los edificios clásicos, y sus iglesias se adornaron con los despojos de los antiguos templos!»

¡Las iglesias decoradas con los restos de los templos! A estas cosas y á otras semejantes alcanza la responsabilidad de los papas; soberbias columnas corintias han sido cinceladas para hacer imágenes de santos, magníficos obeliscos egipcios han sido deshonorados con inscripciones papales; el Septizonio de Severo fué demolido con objeto de obtener materiales para la edificación de San Pedro; fundióse en columnas el techo de bronce del panteón para adornar la tumba del apóstol.

La gran campana de Viterbo, de la torre del Capitolio, había anunciado la muerte de muchos papas, y aun continuaba el despojo de los edificios y la desmoralización del pueblo. La Roma papal manifestó más bien odio que



consideración hacia la Roma clásica. Los pontífices se habían visto subordinados á los soberanos bizantinos, luego tenientes de los reyes francos y más tarde árbitros de la Europa; su gobierno había mudado tanto como los de las naciones limítrofes, sufriendo una metamorfosis completa, en máximas, objetos y pretensiones; sólo en un punto no había cambiado, en la intolerancia. Pretendiendo ser el centro de la vida religiosa de Europa, rehusó invariablemente reconocer existencia alguna religiosa fuera de la suya, y no obstante, tanto en el sentido político como en el teológico, estaba podrido hasta el corazón. Erasmo y Lutero escucharon asombrados las blasfemias y presenciaron con estremecimiento el ateísmo de la ciudad.

El historiador Ranke á quien debemos muchos de estos hechos, ha pintado de un modo gráfico la desmoralización de la gran metrópoli. La mayor parte de los papas fueron elegidos ya ancianos; el poder, por lo tanto, pasaba incesantemente á nuevas manos; cada elección era una revolución de esperanzas y deseos. En una comunión donde todos pueden subir, donde todos pueden aspirar al puesto más elevado, se deduce necesariamente que cada individuo se ocupaba en echar hacia atrás á algún otro. Aunque la población de la ciudad había disminuído, al principio de la Reforma, á ochenta mil almas, había una multitud de empleados y otra mayor aún de aspirantes á serlo. El afortunado que ocupaba el pontificado, tenía millares de colocaciones que repartir, de las que desposeía sin remordimiento á los que las ocupaban; muchas se habían creado con objeto de venderlas. Nunca se preguntaba por la capacidad é integridad del candidato; los puntos que se consideraban eran, qué servicios había hecho ó podía hacer al partido y cuánto podía pagar por la preferencia. Un lector americano comprenderá perfectamente este estado de cosas, puesto que á cada elección presidencial es testigo de actos semejantes. La elección de un papa por el Cónclave no se diferencia del nombramiento de un presidente americano por la Convención. En ambos casos hay muchos empleos que distribuir.

Guillermo de Malmesbury dice que en su tiempo vendían los romanos por oro todo lo que fuera sagrado ó santo, y después de esta época no ha habido mejoría; la Iglesia degeneró en un instrumento para explotar dinero. Vastas sumas fueron recogidas en Italia; vastas sumas fueron arrancadas bajo toda clase de pretextos de los países cercanos. De éstas, la más funesta fué la venta de indulgencias para la perpetración de pecados. La religión italiana había venido á ser el arte de saquear al pueblo.

Durante más de mil años, los soberanos pontífices habían sido los gobernantes de la ciudad. Es cierto que habían presenciado infinitas escenas de devastación de las que no eran responsables; pero sí lo eran de no haber nunca hecho ningún esfuerzo vigoroso y persistente por su adelanto moral y material. En vez de ser en este respecto un ejemplo que el mundo imitase, vinieron á ser un ejemplo de vergüenza. Las cosas fueron así de mal en peor, hasta la época de la Reforma, sin que ningún hombre piadoso pudiera visitarla sin avergonzarse.

El papado, repudiando la ciencia como absolutamente incompatible con sus pretensiones, se había consagrado en años posteriores á estimular el arte. Pero la música y la pintura, aunque puedan ser exquisitos adornos de la vida, no tienen fuerza viva para convertir en robusta una nación debilitada; nada que pueda asegurar permanentemente el bienestar ó la felicidad de la comunidad; y de aquí que en tiempo de la Reforma, para el que considerase reflexivamente su condición, Roma había perdido toda energía vital. No era ya el árbitro del progreso físico ó religioso del mundo. A las máximas progresivas de la república y el imperio, había sustituido la máxima estacionaria del papado. Tenía la apariencia de la piedad y la posesión del arte. En esto se asemejaba á uno de esos cadáveres de frailes que todavía vemos envueltos en sus pardos hábitos en las bóvedas de los templos capuchinos, con un breviario ó algunas flores marchitas en las manos.

De este examen de la Ciudad Eterna, de este panorama de lo que había hecho el cristianismo latino por la



misma Roma, volvamos la vista á todo el continente europeo. Tratemos de determinar el verdadero valor del sistema que guiaba á la sociedad; juzguémoslo por sus frutos.

La condición de las naciones en cuanto á su bienestar está representada con más exactitud por las variaciones de su población. Las formas de gobierno tienen muy poca influencia sobre la población; pero la política puede dominarla por completo.

Se ha demostrado muy satisfactoriamente por los autores que se han dedicado á este asunto, que las variaciones de la población dependen del equilibrio entre la fuerza generatriz de la sociedad y las resistencias contra la vida.

Por fuerza generatriz de la sociedad, se entiende aquel instinto que se manifiesta en la multiplicación de la raza. En algún tanto depende del clima; pero, puesto que el clima de Europa no cambió sensiblemente entre los siglos iv y xvi, podemos considerar esta fuerza como invariable en este continente, durante el período que examinamos.

Por resistencias contra la vida se comprende todo lo que tiende á hacer más difícil de soportar la existencia individual; entre ellas pueden enumerarse la insuficiencia de alimento, de abrigo y de vestido.

Se sabe también que si las resistencias vienen á ser inapreciables, la fuerza generatriz duplicará la población en veinticinco años.

La resistencia obra de dos modos: 1.º, físicamente, puesto que disminuye el número de nacimientos y acorta el término de la vida media; 2.º, intelectualmente, puesto que en lo moral, y particularmente en una comunión religiosa, aplaza el matrimonio, haciendo que no lo contraigan sus individuos hasta que se sientan capaces de sostener las cargas y cuidados de la familia. De aquí la explicación de un hecho largo tiempo conocido: que el número de matrimonios durante un período dado, está en relación con el precio de los alimentos.

El aumento de población es proporcional á la abundancia de alimentos; y ciertamente es tal el poder de la

fuerza generatriz, que sobrepuja á los medios de subsistencia, estableciendo una presión constante sobre ellos. Bajo estas circunstancias, sucede necesariamente que cierto número de individuos que vienen á la vida mueren de hambre.

Como ejemplos de las variaciones que han ocurrido en la población de diferentes países, puede mencionarse la inmensa disminución de la de Italia á consecuencia de las guerras de Justiniano; la despoblación del Norte de África á consecuencia de las guerras religiosas y su repoblación por los mahometanos; el aumento de la de toda Europa por el sistema feudal, cuando los señoríos eran más apreciados en proporción al número de pecheros que contenían. Las cruzadas causaron una disminución sensible, no sólo por las enormes pérdidas del ejército, sino también en razón al número de hombres que apartaron de la vida matrimonial. Variaciones semejantes han ocurrido en el continente americano; la población de Méjico disminuyó rápidamente dos millones por la rapacidad y atroces crueldades de los españoles, quienes arrastraron á los indios civilizados á la desesperación. Lo mismo sucedió en el Perú.

La población de Inglaterra en tiempo de la conquista de los normandos era de cerca de dos millones. En quinientos años apenas se duplicó. Puede suponerse que esta condición estacionaria se debió parcialmente á la política papal, que hizo obligatorio el celibato eclesiástico. La «fuerza generatriz legal» fué indudablemente afectada por esta política, pero no la «fuerza generatriz efectiva». Por los que han estudiado este asunto se ha dicho, con fundamento, que el celibato público es el desorden privado; esto principalmente determinó al pueblo, lo mismo que al Gobierno inglés, á suprimir los monasterios. Se aseguraba públicamente que había cien mil mujeres en Inglaterra prostituídas por el clero.

En mi *Historia de la Guerra civil americana* he presentado algunas reflexiones sobre este punto, que voy á tomarme la libertad de copiar aquí. «¿Qué es, pues, esta situación estacionaria de la población? Quiere decir alimentación obtenida con gran trabajo, insuficiencia de



vestidos, desaseo personal, habitaciones mal ventiladas, efecto destructor del calor y el frío, miasmas, falta de precauciones sanitarias, carencia de médicos, inutilidad de las curaciones milagrosas, decepción de los prodigios en que había puesto su confianza la sociedad; ó resumiendo, un largo catálogo de penas, necesidades y sufrimientos, quiere decir, en una palabra, gran mortalidad. Más aún: quiere decir escasez de nacimientos, y ¿á qué se debe esto? A matrimonios aplazados, vida licenciosa, diversidad privada y desmoralización social.

»Para un americano que vive en un país que era ayer un desierto impenetrable y sin fin, pero que hoy día está cubierto por una población que se duplica en razón de la ley ya citada, cada veinticinco años, esta terrible falta de vida presente accidental no puede por menos de ser un hecho sorprendente. Su curiosidad lo llevará á inquirir qué clase de sistema era el que pretendía guiar y desarrollar á la sociedad, el cual debe ser responsable de esta destrucción prodigiosa, superior en su resultado engañoso á la guerra, la peste y el hambre juntas: engañoso por creer los hombres que aseguraban sus mayores intereses temporales. ¡Qué diferencia ahora! En Inglaterra, la misma superficie geográfica sustenta diez veces la población de aquel tiempo, y envía al extranjero sus enjambres de emigrantes. Reflexionen los que contemplan el pasado con veneración sobre el valor de semejante sistema.»

Estas variaciones de la población de Europa han sido acompañadas de cambios en su distribución. El centro de población ha pasado hacia el Norte desde el establecimiento del cristianismo en el imperio romano, y luego ha pasado á Occidente á consecuencia del desarrollo de la industria fabril.

Podemos examinar ahora algo más detalladamente el carácter de la resistencia que así por mil años mantuvo estacionaria la población de Europa. La superficie del continente estaba en su mayor parte cubierta de selvas impenetrables, y aquí y allá de ciudades y monasterios. En los llanos y á lo largo de los ríos, había pantanos, á veces de algunas millas de extensión, que exhalaban sus

pestíferos miasmas y esparcían la muerte en todas direcciones. Las casas de París y de Londres eran de madera, cubiertas de ramajes y techadas con paja y cañas; carecían de ventanas, y hasta la invención de las sierras de molino muy pocas tenían pavimento de madera. El lujo de las alfombras era desconocido; alguna paja extendida por el suelo las sustituía. No había chimeneas, y el humo del hogar se escapaba por un agujero abierto en el techo; en estas habitaciones difícilmente se encontraba amparo contra las inclemencias del tiempo. Nada se hizo para formar alcantarillado, y los restos de los animales é inmundicias eran simplemente arrojados á la puerta. Hombres, mujeres y niños dormían en la misma habitación, y con mucha frecuencia en compañía de los animales domésticos; en semejante confusión de familia, era imposible que se mantuviesen ni la moralidad ni el pudor. El lecho era comunmente un saco de paja, y un leño la almohada. El aseo personal se desconocía por completo; grandes oficiales del Estado, y aun altos dignatarios como el arzobispo de Canterbury, estaban plagados de parásitos; esta era al menos la condición de Tomás Becket, antagonista de un rey de Inglaterra. Para disimular la suciedad corporal se usaban necesariamente y con profusión perfumes. Los ciudadanos se vestían de cuero, sustancia que duraba muchos años con impurezas acumuladas, y se consideraban en una posición desahogada si podían comer carne fresca una vez por semana. Las calles no tenían husillos, ni empedrado, ni luces. Después del crepúsculo se abrían las ventanas y las inmundicias se vaciaban sin ceremonia, con gran disgusto del vecino tardío que buscaba su rumbo por las estrechas calles alumbrándose con una triste linterna.

Eneas Silvio, que luego fué el papa Pío II, y es por lo tanto escritor muy competente é imparcial, nos ha dejado una relación muy gráfica de un viaje que hizo á las Islas Británicas en 1430. Describe las casas de los campesinos, que estaban construídas con piedras puestas unas sobre otras sin argamasa; los lechos eran de turba y una piel de toro servía de puerta. Los alimentos se componían de hortalizas ordinarias, como guisantes, y



aun de cortezas de árboles, no conociéndose el pan en algunos parajes.

Chozas de cañas y barro; casas de estacas unidas; hogares sin chimenea alimentados con turba, apenas sin salida para el humo; antros de miserias físicas y morales donde pululaban los parásitos, haces de paja cubriendo los miembros para rechazar el frío; y el recurso, para el moribundo campesino, de esperar su curación de las reliquias de los santos. ¿Cómo era posible que aumentase la población?

¿Nos maravillaremos, pues, de que en el hambre de 1030 se vendiera y guisase carne humana, ó de que en la de 1258 quince mil personas murieran de hambre en Londres? ¿Nos maravillaremos de que en algunas de las invasiones de la peste fueran tantas las defunciones que apenas había vivos para enterrar á los muertos? En la peste de 1348, que vino de Oriente por la ruta comercial y se extendió por toda Europa, fué destruída la tercera parte de la población de Francia.

Tales eran las condiciones de los campesinos y de los habitantes pobres de las ciudades, y no mucho mejores las de los nobles. Guillermo de Malmesbury, hablando de las costumbres degradadas de los anglo-sajones, dice: «Sus nobles, entregados á la glotonería y la sensualidad, nunca iban á la iglesia; sino que en su propia habitación, antes de levantarse, un fraile con gran presteza les leía la misa y los maitines, sin que prestasen la menor atención. El común de las gentes eran presa del más poderoso; su propiedad les era arrebatada, sus personas enviadas á lejanos países, y sus hijas entregadas á la prostitución ó vendidas como esclavas. Beber noche y día era la ocupación general, y los vicios compañeros de la intemperancia afeminaban las almas varoniles.» Los castillos de los barones eran cuevas de bandoleros. Cuenta el cronista sajón cómo hombres y mujeres eran apresados y conducidos á aquellas fortalezas, colgados por los pulgares ó por los piés, y ya colocándoles fuego debajo, ya azotándolos, ó por otros tormentos, les arrancaban su rescate.

En toda Europa, los empleos ventajosos por sus gran-

des utilidades estaban ocupados por eclesiásticos, y en todas las naciones existía un doble gobierno: 1.º, el de carácter local, representado por un soberano temporal; 2.º, el de carácter extranjero, que acataba la autoridad del Papa. Esta influencia romana era, por la naturaleza de las cosas, superior á la local; expresaba la voluntad soberana de un hombre sobre todas las naciones reunidas del Continente, y asumía un poder superior por su unidad. La influencia local era necesariamente de naturaleza débil, puesto que estaba de continuo quebrantada por las rivalidades de los Estados colindantes y las disensiones diestramente provocadas por su competidor. En ningún caso pudieron coligarse los varios estados de Europa contra su antagonista común; si surgía alguna cuestión, se veían hábilmente divididos y dominados. Era el objeto ostensible de la intrusión papal procurar el bienestar moral de los varios pueblos; su objeto real, obtener pingües ingresos y sostener vastas congregaciones de eclesiásticos. Las rentas obtenidas de este modo fueron con mucha frecuencia mayores que las que iban á parar al tesoro del poder local. Así, pues, cuando Inocencio IV pidió provisión para trescientos clérigos italianos que habían de incorporarse á la Iglesia de Inglaterra, y uno de sus sobrinos, un niño, obtuvo una silla en la catedral de Lincoln, se vió que la suma que cobraban anualmente los eclesiásticos extranjeros en Inglaterra era triple de la que ingresaba en las arcas del rey.

Mientras que el alto clero se apoderaba de todos los empleos políticos más lucrativos, y los abades rivalizaban con los condes en el número de los esclavos que poseían, teniendo algunos, según se dice, no menos de veinte mil, los frailes mendicantes inundaban la sociedad por todas partes, cogiendo lo poco que aun quedaba al pobre. Había un vasto cuerpo de seres improductores, que vivían en la ociosidad, reconociendo una autoridad extranjera, y que se alimentaban del fruto del trabajo del labrador. No podía por menos de suceder, sino que las pequeñas heredades fuesen absorbidas por los grandes predios, que el pobre cada día poseyese menos, y que la sociedad, lejos de mejorar, mostrase un aumento constante de desmo-



ralización. Fuera de las instituciones monásticas, no se intentaba el menor progreso intelectual; ciertamente, en cuanto concernía á los laicos, la influencia de la Iglesia se dirigía á un resultado opuesto, pues era máxima admitida generalmente que «la ignorancia es madre de la devoción».

Era práctica establecida por la república y el imperio de Roma tener rápidas comunicaciones con todas sus lejanas provincias por medio de hermosos puentes y caminos. Uno de los primeros deberes de las legiones era construirlos y conservarlos; de esta suerte aseguraba su autoridad militar. Pero como el dominio de la Roma papal dependía de un principio diferente, no tenía exigencias de esta clase, y en consecuencia esta obligación fué dejada al cuidado de las autoridades locales, que la abandonaron: así que, en la mayor parte del año y en todos sentidos, los caminos estaban casi intransitables. El medio ordinario de transporte era el de pesadas carretas tiradas por bueyes, que caminaban, cuando más, tres ó cuatro millas por hora. Donde no podía hacerse uso de la navegación fluvial, se empleaban caballos y mulos de carga para el transporte de las mercancías, medio que estaba en armonía con el mezquino comercio de aquella época; cuando había que mover grandes masas de hombres, las dificultades se hacían casi insuperables, y el mejor ejemplo para demostrar esto puede hallarse en la historia de la marcha de la primera Cruzada. Estas dificultades en las comunicaciones hacían que con gran facilidad se extravíasen los caminantes, y los viajes emprendidos por individuos aislados no podían llevarse á cabo sin gran riesgo, pues no había bosque ni orilla que no tuviese sus salteadores.

El estado general de ignorancia existente era oportuno para el desarrollo de la superstición; la Europa estaba cuajada de milagros bochornosos. Por todos los caminos, se veían infinitos peregrinos que se dirigían á los santuarios renombrados por las curas que habían verificado; ha sido siempre política de la Iglesia desanimar á los médicos en su arte, mezclándose á cada paso con sus reliquias para curar las enfermedades; el tiempo ha reducido á su

verdadero valor esta en un tiempo lucrativa impostura. ¿Cuántos santuarios hay ahora en explotación en Europa?

Para los pacientes demasiado enfermos, imposibilitados de moverse ó de ser conducidos, no había otro remedio sino los de carácter espiritual, los Pater-noster ó Ave-María. Para impedir las enfermedades, se hacían oraciones en las iglesias, pero no se tomaban medidas sanitarias; se creía que con los rezos de los clérigos se ahuyentaría la peste de las ciudades infestadas de miasmas pútridos, que se aseguraría la lluvia ó el buen tiempo, y que se evitaría el influjo maléfico de los eclipses y cometas. Pero cuando se presentó el cometa de Halley en 1456, tan tremenda fué su aparición, que se hizo necesario que el mismo Papa interviniese; lo exorcizó y expulsó del cielo, y huyó el cometa á los abismos del espacio, aterrado por las maldiciones de Calixto III, y sin atreverse á volver durante setenta y cinco años.

El valor físico de las curas en los santuarios y por los remedios espirituales se mide por la proporcionalidad de las defunciones; en aquel tiempo, moría probablemente una persona por cada veintitres, y hoy día, con nuestros procedimientos materiales, muere una por cada cuarenta.

La condición moral de Europa se demostró notablemente cuando por los compañeros de Colón se introdujo la sífilis en Europa desde las Indias Occidentales; se extendió con rapidez maravillosa; personas de todas clases, desde el Santo Padre León X hasta el mendigo de los caminos, contrajeron la vergonzosa enfermedad. Muchos disimularon su desgracia declarando que era una epidemia que emanaba de cierta malignidad en la constitución del aire, pero en verdad su efecto era debido á cierta dolencia en la constitución del hombre, dolencia que no se extirpaba por la influencia espiritual bajo la cual habían vivido.

A la eficacia medicinal de los santuarios, debemos agregar la de las reliquias especiales, siendo éstas á veces de la clase más extraordinaria: había varias abadías que poseían la corona de espinas de nuestro Salvador: once te-